

ASPECTOS DE LA MORAL SEXUAL EN GALDOS

En mi largo ensayo sobre *La religión mundana según Galdós* hice referencia a los capítulos fundamentales de la moral de su época, especialmente en torno a la Restauración. Como Galdós es un océano de encuentros, tiro ahora de alguno de aquellos hilos y tiendo otros con el fin de estudiar con más detalle sus referencias a la moral sexual. Galdós, espectador máximo, nos da un panorama celado por el pudor, pudor que viene, sí, exigido por la época, pero no menos, creo yo, por el pudor personal. Aunque faltan muchísimos detalles, de todos es sabido que la vida amorosa de Galdós fue accidentadísima y, sin embargo, pasiva de alguna forma: más conquistado que conquistador—«yo no sé qué tengo, yo no sé qué tengo», dice el Tito Liviano de los últimos *Episodios*—en lo que pudo haber de «aventura», muy comprador de falsas aventuras, portador de remordimientos, como dolido de ese mismo placer. Dios sabe.

Gran combate el de Galdós: ¿cómo ser realista y hasta descarnado sin ofender al pudor? Son raras y no extremas las situaciones comprometidas. Ocurre que esas y otras son necesarias para la narración. La pluma, entonces, tensa al máximo, conquista auténticas cimas expresivas del máximo erotismo, limpio de pornografía. Opino con toda sinceridad que casi todas las «citas-datos» que doy serían trozos de una posible antología del Galdós «escritor»: nada como el manejo de estos temas para rechazar, una vez más, lo del «garbancero». Lo leemos a ratos con emoción honda, con buena sonrisa otros: el laboreo sobre blasfemias y tacos es ejemplar para sorprender ese humor que mezcla soterradas fuentes inglesas, clarísima filiación cervantina y casticismo barriobajero. Y en el fondo, fondo, la melancolía biográfica de quien, en amor, fue un burgués frustrado, un soltero que envidiaba ese lecho matrimonial de los Santa Cruz. Al fondo, inseparable, esa «época de seguridad», con sus coacciones, su hipocresía, pero sólo aventurada, insegura, cuando vive la presión de lo reprimido.

No he de insistir en la tierna maravilla que es el galdosiano mundo de los niños. Me detengo especialmente en los niños «mayores», frontereros con la adolescencia, atentos, pues, al despertar sexual. Los niños de clase baja y aun de clase media modesta tienen como descanso de la escuela a palos y del hogar, angosto para todo lo que no sea «representación», la calle, campo abierto a la travesura, y tanto que, a veces, tiene tal travesura graciosos caracteres de «pronunciamiento», según el sensato juicio de don Benigno Cordero. Sabido es que esa calle, esos patios, esos desmontes donde se juega al toro, son aprendizaje, mal aprendizaje, de lo sexual. No hay por qué insistir en lo requetesabido: el silencio total de los padres, de la sociedad, de la predicación sobre esto.

Galdós, al referirnos en la primera parte de *Fortunata y Jacinta* la vida de los críos en la casa de corral, sólo anota la travesura: algo más, mucho más tendría que haber en aquel ambiente de pobreza, de promiscuidad. Detalle significativo es que el supuesto hijo de Juanito Santa Cruz, criado en la barbarie, comenzando a hablar, le suelta a Jacinta de buenas a primeras, y riendo a carcajadas, el calificativo de «putona» (o. c., t. V, p. 118). Ahora bien: siempre aparece en los niños galdosianos el resplandor de la inocencia, incluso en casos límite, como el del hermano de Isidora en *La desheredada*: en la gran aventura que termina en la cárcel no hay referencia al mundo de lo sexual. Que sí era distinta la realidad lo demuestra lo que se dice del prodigioso niño de Torquemada, el niño que muere de meningitis: «En cosas de malicia era de una pureza excepcional: no aprendía ningún dicho ni acto feo de los que saben a su edad los retoños desvergonzados de la presente generación. Su inocencia y celestial donosura casi nos permitían conocer a los ángeles como si los hubiéramos tratado» (o. c., t. V, p. 911).

En la edad muy fronteriza con la adolescencia, la alusión intenta concretarse y el resultado es una deliciosa mezcla de picardía y de inocencia. Cadalsito, el pequeño y gran protagonista de *Miau*, tímido en casi todo, aparece en contraste con su compañero de colegio *Posturitas*, que muere de tabardillo o «tifusoidea», que antes ha escandalizado a Cadalsito, y que al pegarse dice «que se casa con la Biblia». La tensión se hace mayor en *El doctor Centeno*, porque ya está en el final de la niñez. Centeno, inocentón, se «entera» a través de su amigo Juanito del Socorro, quien miente más que habla y que relata lo muy frecuente en esta época: los líos de su padre con las criadas. Juanito se imagina torpemente el cuerpo de la mujer, mientras que Centeno lo ve de otra ma-

nera, con una especie de suspiro que es primera madurez: «Tiene mi madre dos amigas tan guapas, tan guapas, pero tan guapas—indicó para concluir—, que cuando las ves te entra un frío... ¿estás? Son señoras de unos grandes pejes y llevan vestidos de seda verde con mucho arrumaco. Una de ellas tiene los pechos así...—y hacía Juanito con los brazos un grande y bien arqueado círculo delante de su pecho para dar idea, siquiera una idea, siquiera fuese aproximada, de la delantera de aquella señora desconocida. —¡Pues lo que es ésta!—suspiró Felipe» (o. c., t. IV, p. 1132).

Deliciosa es la mezcla de picardía e inocencia en las niñas. Cuando Barbarita se reúne con sus amigas para pedir en la fiesta de la Cruz de Mayo, usan inocentemente un lenguaje pícaro. Papitos, la increíble criada de doña Lupe, sabe, sí, y la picardía-inocencia está en decirlo. Cuando Maximiliano se confiesa ingenuamente con ella, ella responde: «Feo, cara de pito, memo en polvo—decíale, sacando un trozo de lengua tal que parecía inverosímil—. Valiente mico está vusté. Verá como no le dejan casar... Sí, para vusté estaba. Bobo, más que bobo» (o. c., tomo V, p. 208). Ya antes (p. 184) le había dicho: «Casarse él, vusté. Memo, más que memo, casarse—exclamó—. Si la señorita dice que vusté no se puede casar... Se lo decía a doña Silvia la otra noche.» Caso aparte es el de Marianela, conmovedora figura con cuerpo de niña, pero con sabiduría como de ángel desterrado: lo sabe todo y no dice nada; ama a su Pablo, al que sirve de lazarillo; tiene conciencia de su fealdad, de que es muy poco como mujer, pero en su cariño total está adivinada la entrega.

LA JUVENTUD. EL NOVIAZGO

Aparece como «normal» ingreso en la vida sexual el trato con las prostitutas, y a ello hemos de referirnos más adelante. Hay, sin embargo, un matiz muy interesante. Cuando Galdós quiere expresar el típico remordimiento, inserto en las predicaciones, en el ambiente de la sociedad burguesa, alcanza cimas auténticas de expresión. El que Araceli ha pasado la noche en juerga con las mozas de la venta gaditana queda «indicado» sin más, pero el remordimiento posterior se expresa así: «Mi alma llena de tristeza se abatía, incapaz del menor vuelo y encontrándose inferior a sí misma, hasta parecía perder aquella antigua pena que le producían sus propias faltas y se adormecía en torpe indiferencia» (o. c., t. I, p. 726). Para sí hubieran querido ciertos predicadores estas expresiones tan bellas como realistas. El poso que dejan en Beramendi sus encuentros furtivos con la desenvuelta Eufrasia es poso distinto e

incluso más desesperanzado, pero también es remordimiento, y también expresado según la visión de la época, pero con mejores palabras que las usadas, por ejemplo, por el padre Claret: «Os diré en confianza que los halagos de la moruna, con ser en determinadas ocasiones de extraordinaria intensidad sensitiva, me traen el hielo en inmediata concatenación con el fuego, cual si fuesen eslabones que forman un toisón de alternados metales. En sus encantos, a poco de gustarlos, no me ha sido difícil ver el desabrimento de las cosas de serie, que traen de atrás su principio y continúan repitiéndose en la igualdad de sus casos y consecuencias. Yo me sentía sucesor de alguien y predecesor de otro u otros, y si mi herencia me parecía triste, más lástima que envidia sentía de mis presuntos herederos» (o. c., t. II, p. 1575).

El retrato de lo que es el noviazgo burgués recorre toda la obra de Galdós. Lo de Araceli-Inés no es en realidad noviazgo, sino idilio; idilio donde lo corporal parece no existir y, sin embargo, ¡con qué gracia y con qué belleza se vive lo corporal cuando Gabriel intenta sacar a Inés de la abominable prisión de los Requejo! «¡Ya eres libre, Inés! —grité con intensa alegría—. Vístete; vámonos pronto. No perder un momento: puede venir el amo. —Vistióse tan precipitadamente que la vi medio desnuda. Pero ni ella, con el gran azoramiento de la prisa, cayó en la cuenta de que me estaba mostrando su lindo cuerpo, ni yo me cuidaba más que de ayudarla a vestir, poniéndole enaguas, zapatos, ligas» (o. c., t. I, p. 244).

También es excepcional el noviazgo de Sola con el viudo don Benigno Cordero, y ese noviazgo retrata muy bien el personaje con esa su cierta retórica y su sonriente machaconería que reviste de azúcar al liberal que pasa de la Biblia a Rousseau. «Innecesario sería decir, pero digámoslo, que don Benigno, si bien trataba familiarmente a Sola, no traspasó jamás, en aquella larga antesala de las bodas, los límites del decoro y de la dignidad. Se estimaba demasiado a sí mismo y amaba a Sola lo bastante para proceder de aquella manera delicada y caballerosa, magnificando su ya magnífica conducta con el mérito nuevo de la castidad. Ni siquiera se permitía tutear a su prometida, 'porque el tuteo —decía— trae insensiblemente libertades peligrosas y porque el decoro del lenguaje es siempre una garantía del decoro de las acciones'» (o. c., tomo II, p. 232).

Ya en plena etapa liberal, en el episodio *Mendizábal*, la romántica, la melodramática fogosidad de Aura y de Fernando se ve sometida al típico tratamiento burgués, impuesto no por moralidad, sino por cálculo: cortejo desde la calle, visita con testigos, alcahuetería para nada grave. «Contra lo que Fernando temía, doña Jacoba no se opuso a sus

amores con Aura; casi los alentaba y los protegía, pero encerrándolos dentro de la esfera de castas relaciones con buen fin y sometiendo la fogosa pasión de ambos amantes a las reglas caseras que para tales casos se usan y que en aquel tiempo eran de una simplicidad enfadosa. Hacía esto la Zahón, más que por sentimiento, por cálculo, mirando a su propio interés antes que al de la joven puesta a su custodia. Era, ante todo, traficante; se había criado en el compra y vende todas sus canas, que eran muchas, y las jorobas que en su esqueleto se formaban le habían salido en el continuo y anheloso estudio de la ganancia fácil. Por lo demás, su moral era tan ancha como las mangas del vestido que el reuma le obligaba a usar, y sus creencias religiosas, tibias como las aguas con que se lavaba. La moral de los contratos sobre cosas, interpretada a su manera, érale muy conocida y familiar: la otra, la tocante al honor y al recato, sólo existía en su conciencia con formas desleídas. Sujetó, pues, a los amantes a un régimen de apariencias estrictamente morales, prohibiendo en absoluto las entrevistas de calle y balcón y permitiéndoles hablarse a horas fijas en su casa y a su presencia. Con esto cumplía y sentaba sobre bases decorosas su bien planeado negocio» (o. c., t. II, p. 513).

Que ese noviazgo burgués, como amor en las nubes, no era así en realidad lo dice en *Bodas reales* doña Leandra, esa manchega de corral, piara y tierra sin árboles que, muerta de nostalgia en Madrid, avizora con palurda sabiduría la verdad de las cosas. «¡No eran maldiciones las que doña Leandra echaba mentalmente a cuantos novios existían en todo el linaje humano, peste de la sociedad y azote de las familias! ¡Que no estuviera el infierno empedrado de novios! Debían las familias, los padres, los hermanos, concertarse para emprender una campaña de destrucción, como las que ella había visto en la Mancha contra la terrible plaga de la langosta... Las hembras, después de bien resobadas por tantísimo novio» (o. c., t. III, pp. 1367, 1383).

Noviazgo de Olimpia con el crítico teatral: lo mismo. No deja de señalarse cómo, tantas veces, los noviazgos eran «fábricas» de conveniencia. Ese es el caso de Barbarita y Baldomero, al cual volveremos, pero cuyo arranque es útil citar aquí. Por fin: la realidad aparece en el noviazgo de Jacinta y Juanito Santa Cruz. Una vez más, el esfuerzo para expresar una realidad corporal, sin que se diga nada capaz de escandalizar, obliga al rápido Galdós a cuidar al máximo sus palabras. Así surge esta perla a poco de comenzar *Fortunata y Jacinta*: «Sea lo que quiera, lo cierto es que a los cuatro días de romperse el hielo ya no había que enseñarles nada de noviazgo. Creeríase que no habían hecho en su vida otra cosa más que estar picoteando todo el santo día. El país (Plencia)

y el ambiente eran propicios a esta vida nueva. Rocas formidables, olas, playas con caracolitos, praderas verdes, setos, callejas llenas de arbustos, helechos y líquenes, veredas cuyo término no se sabía, caseríos rústicos que al caer de la tarde despedían de sus abollados techos humaredas azules, celajes tristes, rayos de sol dorando la arena, velas de pescadores cruzando la inmensidad del mar, ya azul, ya verdoso, terso un día, aborregado el otro, un vapor en el horizonte tiznando el cielo con su humo, un aguacero en la montaña y otros accidentes de aquel admirable fondo poético favorecían a los amantes, dándoles a cada momento un ejemplo nuevo para aquella gran ley de la Naturaleza que estaban cumpliendo... Gumersindo Arnaiz no sabía lo que le pasaba; lo estaba viendo y aún le parecía mentira, y siendo el amartelamiento de los novios bastante empalagoso, a él le parecía que todavía se quedaban cortos y que debían atortolarse mucho más» (o. c., t. V, p. 46).

Hay, ¿cómo no?, los grandes amores platónicos, imposibles y tensos a la vez: Montes de Oca hacia la reina Cristina; lo mismo Istúriz, y nada digamos del complicadísimo de Angel Guerra, luchador emocionante contra su cuerpo. Merece especial mención el de don Pedro del Congosto hacia doña Flora, solterona, en el episodio *Cádiz*; merece la pena, pues es un dato más, y no de los menores, de la influencia del *Quijote*. Doña Flora es una vieja casi verde, emperifollada, chiflada con el Gabriel jovencito, chifladura que Galdós sugiere limpia y deliciosamente: doña Flora quiere curarle las supuestas heridas; le dice que si quiere dormir en casa tiene una habitación muy mona al lado. Le toman el pelo a la solterona con estos caprichos, lo cual enciende la ira de don Pedro del Congosto, sesentón, Don Quijote en caricatura, que ve en doña Flora a Dulcinea. «Señora—repuso con iracunda voz el enfermo—, los hombres como yo se endulzan con acíbar la lengua y el corazón con desengaños. Con desengaños, sí, señora, y con agravios recibidos de quien menos debían esperarse. Cada uno es dueño de dirigir sus impulsos amorosos al punto que más le conviene. En edad temprana los dirigí yo a una ingrata persona que al fin...; mas no quiero afean su conducta ni pregonar su deslealtad y guardareme para mí solo las penas como me guardé las alegrías. Y no se diga, para disculpar esta ingratitud, que yo falté una sola vez, en veinticinco años, al respeto, a la circunspección, a la severidad que la cultura y el recato de ambos me imponía, pues ni palabra incitativa pronunciaron mis labios, ni gesto indecoroso hicieron mis manos, ni idea impúdica turbó la pureza de mi pensamiento, ni nombré la palabra matrimonio, a la cual se asocian imágenes contrarias al pudor, ni miré de mal modo, ni fijé los ojos en partes que la moda francesa tenía mal cubiertas, ni hice nada, en suma,

que pudiera ofender, rebajar o menoscabar el santo objeto de mi culto. Pero, ¡ay!, en estos tiempos corrompidos no hay flor que no se aje, ni pureza que no se manche, ni resplandor que no se oscurezca con alguna nubecilla. Está dicho todo, y con eso, señoras, pido a ustedes licencia para retirarme.» Antes había hablado del «incitativo melindre» (*o. c.*, tomo I, p. 70).

EL MATRIMONIO

Balzac y todas sus derivaciones menores tienen la vida de matrimonio como asunto central, inseparable, claro está, del adulterio como tema no menos central. Lo más noble, lo más bello de la burguesía liberal, es la identificación ideal entre amor y matrimonio, identificación que será recogida en parte por la moral del catolicismo, y escribo «en parte» porque yo todavía he tenido en el seminario como texto para clase y examen el que me señalaba como segundo fin del matrimonio «el remedio de la concupiscencia». El ideal cumplido sin mácula y sin arista, manteniendo viva la ilusión de la entrega, lo presenta Galdós en el matrimonio Santa Cruz, el más simpático de sus protagonistas. «Ni los años ni las menudencias de la vida han debilitado nunca el profundísimo cariño de estos benditos cónyuges. Ya tenían canas las cabezas de uno y otro, y don Baldomero decía a todo el que quisiera oírle que amaba a su mujer como el primer día. Juntos siempre en el paseo; juntos en el teatro, pues a ninguno de los dos les gusta la función si el otro no la ve también. En todas las fechas que recuerdan algo dichoso para la familia se hacen recíprocamente sus regalitos, y, para colmo de felicidad, ambos disfrutaban de una salud espléndida. El deseo final del señor de Santa Cruz es que ambos se mueran juntos, el mismo día y a la misma hora, en el mismo lecho nupcial en que han dormido toda su vida» (*o. c.*, t. V, p. 26).

Referido precisamente a ese matrimonio, Galdós, con extraordinaria delicadeza, indica que don Baldomero, zagalón inocente de novio, llega muy en la inopia al matrimonio, y éste tarda en consumarse. «A los dos meses de casados, y después de una temporadilla en que Barbarita estuvo algo distraída, melancólica y como con ganas de llorar, alarmando mucho a su madre, empezaron a notarse en aquel matrimonio, en tan malas condiciones hecho, síntomas de idilio. En el escritorio canturriaba y buscaba pretextos para salir, subir a la casa y decir una palabrita a su mujer, cogiéndola en los pasillos o donde la encontrase» (*o. c.*, t. V, p. 25).

En la novela de esa época, la noche de bodas era motivo o pretexto

para descripciones atrevidas. Habitualmente, el hombre español llegaba al matrimonio con experiencia de prostíbulo, y esto, que la mujer veía como perdonable y hasta lógico, era, de víspera, miedo e ilusión a la vez, considerando lo que la pérdida de la virginidad suponía. Pongo sólo dos ejemplos. Sabe Jacinta no poco de la vida anterior de Juanito Santa Cruz, pero le quiere plenamente, y el miedo a la entrega pasa pronto. «En el alma de Jacinta, no obstante, las alegrías no excluían un cierto miedo, que a veces era terror. El ruido del ómnibus sobre el desigual piso de las calles, la subida a la fonda por angosta escalera, el aposento y sus muebles de mal gusto, mezcla de desechos de ciudad y de lujos de aldea, aumentaron aquel frío invencible y aquella pavorosa expectación que la hacían estremecer. ¡Y tantísimo como quería a su marido! ¿Cómo compaginar dos deseos tan diferentes: que su marido se apartase de ella y que estuviese cerca? Porque la idea de que se pudiera ir, dejándola sola, era como la muerte, y la de que se acercaba y la cogía en brazos con apasionado atrevimiento, también la ponía temblorosa y asustada. Habría deseado que no se apartara de ella, pero que se estuviera quietecito» (*o. c.*, t. V, p. 47). Beramendi se casa, por dinero, con una mujer fea y casi deforme, pero rica, enamoradísima e inteligente. Con mucha delicadeza subraya Galdós la novedad que supone para Beramendi la entrega como paz. «La presencia de los criados llegó a sernos de una molestia intolerable, por lo cual resolví que no en Guadalajara, sino en Alcalá, hiciéramos la primera paradita, que había de ser etapa capital en la existencia de Ignacia, esposa mía desde aquel descanso en calurosa noche... Habíamos pasado la divisoria que nos transportaba en alegre vuelo a valles muy distintos de aquel en que se mecía la inocencia de la señorita de Emparán, y aunque para mí los valles pasados y los venideros no diferían grandemente en ciertos órdenes, no dejé de notar en mi ser algo grande y bello, imponente armonía de satisfacciones y responsabilidades» (*o. c.*, t. II, p. 1507).

Lo tan frecuente en esta época, la frialdad de la mujer, su actitud más bien pasiva, está muchas veces supuesta y explícita en cómo la aristocrática Fidela recibe en el lecho al bárbaro de Torquemada. «El contento del cambio de medio, favorable para la vida orgánica y un poco para la social, no le permitía ver los vacíos que aquel matrimonio pudiera determinar en su alma, vacíos que, incipientes, existían ya, como las cavernas pulmonares del tuberculoso, que apenas hacen padecer cuando empiezan a formarse. Debe añadirse que Fidela, con el largo padecer en los mejores años de su vida, todo lo que había ganado en sutilezas de imaginación habíalo perdido en delicadeza y sensibilidad y no se hallaba en disposición de apreciar exactamente la barbarie y prosaísmo

de su cónyuge. Su linfatismo le permitía soportar lo que para otro temperamento habría sido insoportable, y su epidermis, en apariencia finísima, no era por dentro completamente sensible a la ruda costra del compañero de vida, casa y lecho que le había dado la sociedad de acuerdo con la Santa Iglesia. Ciertamente que a ratos creía enterarse vagamente de aquellos vacíos o cavernas que dentro se le criaban, pero no hacía caso o, movida de un instinto reparador (y va de instintos), defendíase de aquella molestia premonitoria, ¿con qué creéis?: con el mimo» (o. c., tomo V, p. 1021).

Ya muy dentro de la vida matrimonial podemos acercarnos al ejemplo bien bello de la costumbre que no se ha hecho rutina. Jacinta y Juanito llevan ya un par de años de casados y a la espera de la sucesión. «Juan, que tenía talento, era indulgente con estos desvarios del cariño vacante o de la maternidad sin hijo. Aventurábase ella a contarle cuanto le pasaba, y muchas cosas que a la luz del día no osara decir, decíalas en la intimidad y soledad conyugales, porque allí venían como de molde, porque allí se decían sin esfuerzo, cual si se dijeran por sí solas, porque, en fin, *los comentarios sobre la sucesión tenían como una base en la renovación de las probabilidades de ella*» (o. c., t. V, p. 72). ¿Se puede decir mejor? (El subrayado es mío.)

Es frecuente la indulgencia para las infidelidades del marido, y esto se hace dramático en ese matrimonio: Juanito, obsesionado con Fortunata, a la que busca con delirio, tiene que «cumplir» con Jacinta, pero ¿de qué manera! «La pobre Jacinta, a todas estas, descrismándose por averiguar qué demonches de antojo o manía embargaba el ánimo de su inteligente esposo. Este se mostraba siempre considerado y afectuoso con ella; no quería darle motivo de queja; mas para conseguirlo necesitaba apelar a su misma imaginación dañada, revestir a su mujer de formas que no tenía y suponérsela más ancha de hombros, más alta, más mujer, más pálida... y con las turquesas aquellas en las orejas... Si Jacinta llega a descubrir este arcano escondidísimo del alma de Juanito Santa Cruz, de fijo pide el divorcio. Pero estas cosas estaban muy adentro, en cavernas más hondas que el fondo de la mar, y no llegará a ellas la sonda de Jacinta ni con todo el plomo del mundo» (o. c., tomo V, p. 156).

Más delicado e incluso más dramático es lo que se le presenta una noche a Lucila. Lucila, de la que luego hablaremos, ha vivido maritalmente con el capitán Gracián, un donjuán del que se prenda. Gracián se va, se lo quitan, y Lucila, tras grandes amarguras, acepta el matrimonio con Halconero, rico de Villa del Prado, rico viejo. Lucila se acomoda a la vida burguesa y campesina, es fiel, tiene hijos, y he aquí que

en víspera de la declaración de la guerra a los moros comparte con su hijo la pasión por las tropas y se siente inclinada hacia Santiuste, que también se va a la guerra. Pero lo dramático es el recuerdo del gran amor por el capitán, que, a lo Freud, se refleja en la pasión militar del hijo mayor, de Halconero, sin duda alguna. Galdós acierta genialmente y por partida doble: al presentar lo onírico y al describir la noble y burguesa solución de la mañana no sin que antes se describa con auténtica gracia la realidad del lecho matrimonial en reposo. «Lucila padeció inquietud y desvelo hasta muy alta la noche, mortificada por visiones y pensamientos lastimosos y por el desasosiego de su marido, con quien compartía el no muy ancho tálamo. Daba vueltas sin cesar sobre sí mismo el buen don Vicente, llevándose tras sí sábanas y mantas, con lo que quedaba desamparada de abrigo la dama celtíbera. Y sobre tantas molestias, el rico labrador pronunciaba frases incongruentes, cortadas por estruendosos regüeldos... En los ojos del niño guerrero veía Lucila algo como la regresión de un ideal que ella tenía por muerto y desvanecido, ideal que salía de su tumba para volver a la realidad viviente. Llevóse el diablo estas aficiones; cambió el teatro de la vida de la joven celtíbera y, desgarrada una decoración, pusieron otra que hizo olvidar la pasada idolatría... Pues ahora un niño inocente, precoz, enfermo, imposibilitado hasta de jugar con cosas guerreras, hacía que por la decoración nueva se transparentasen las líneas y colores de la antigua... El ideal guerrero tan pronto revivía en los ojos del niño doliente como en los labios de aquel otro niño grande que jugaba con el Romancero... Interrumpió estas cavilaciones de la celtíbera la claridad del día que por las rendijas de la ventana se colaba y ante ella puso la señora término a su mental suplicio y se lanzó del lecho, dejando al esposo en postura de tranquilidad, panza arriba, estiradas las extremidades y echando de su abierta boca los ronquidos como el resoplar cadencioso de una máquina de vapor. Vistióse aprisa la hija de Ansúrez, ávida de lanzarse al trajín casero, que era como el organismo supletorio de su ser moral... Empezaba el día, la rutina normal y fácil, el conjunto de menudas obligaciones que, al modo de tejidos de mimbres, forman el armadijo consistente de una existencia mediocre, honrada, sin luchas» (o. c., t. III, página 239).

Es parecido pero contrario lo que le ocurre a la de Bringas, la Bovary de vía estrecha, dispuesta a engañar a su marido para liquidar sus deudas, nacidas de la manía de la ostentación en el vestir. Se acuesta después de haberlo hecho con el señor de Pez que, además, no le da el dinero. «En dolorosa incertidumbre pasó la noche, despertando a cada instante al agujijonazo de su idea candente y aguda. El cuerpo dormía

y la idea velaba. No podía la esposa mirar sin envidia la dulce paz de aquella conciencia que a su lado yacía. El dormir de don Francisco era como el de un mozo de cuerda que ha tenido mucho trabajo durante el día y que al cerrar los ojos se quita también todas las cargas del espíritu» (*o. c.*, t. V, p. 1657).

LOS AMORES LIBRES

A través de toda la obra de Galdós aparecen, como es lógico, los que yo he llamado «amores libres». No hago recuento, dejo al margen la prostitución e incluso los adulterios pasajeros. Protagonistas son grandes figuras femeninas y es de observar que si la inmensa melancolía puede ser resumen de la obra de Galdós referida a la burguesía, eso viene de que personajes como Araceli, Monsalud, Calpena, Beramendi, Halconero surgen de jóvenes como una llamarada de generosidad y luego o desaparecen—Araceli, Monsalud—o se aburguesan, viviendo muy a gusto en una religión «mundana» y en una moral farisaica.

¿Cómo aparece lo sexual en estas relaciones? Vamos de menos a más. Jenara Barahona, casada, auténtica doña Juana, persigue a Monsalud, afincado ya en la nostalgia de Sola, a la que quiso como hermana y a la que ahora desea como esposa. La pasión, las argucias de la pasión, la lujuria premeditada para «cazar» a Monsalud, perseguido y huido, se describen clara pero discretamente. «Me miró comprendiendo mi intención. Sus ojos no indicaban desafectos. Acompañóme a cenar y mis alardes de humor festivo, mi cháchara y las delicadas atenciones que con él tuve no lograron disipar las nubes que ennegrecían su alma. También la mía se encapotaba lentamente, cayendo en hondas tristezas. Acostumbrada a verse señora de los sentimientos de aquel hombre, padecía mucho considerando perdido su amoroso dominio, esa tiranía dulcísima que al mismo tiempo embelesaba al amo y al esclavo. Pero aún conservaba yo gran parte de mi prestigio. Vencí, aunque sin poder conseguir la tranquilidad que acompaña a los triunfos completos, porque descubrí en su complacencia algo de violento y forzado. Sospeché que al corresponder a mi leal cariño lo hacía más bien por delicadeza y por deber que por verdadera inclinación. Esto me atormentó toda la noche quitándome el sueño» (*o. c.*, t. I, p. 1467).

Dulcenombre, la amante de Angel Guerra, prostituida por sus padres, es tiernamente «matrimonial» en sus relaciones; lo mismo, con más genio, Lucila con Bartolomé Gracián: es simbólico que Galdós presenta a ambas curando con pericia femenina, con mimos maternos, las heridas de sus amantes revolucionarios. Las dos sueñan con hogar y las

dos lo logran desmontando su pasión, aburguesándose, si bien con más dignidad que los varones.

Virginia Socobio, casada con un afeminado que no consuma el matrimonio, se escapa con Leoncio Ansúrez. Su amor es de vagabundos por la sierra de Madrid, de honrados artesanos después. Se cruza con esa aventura, situada en la etapa «estable» del gobierno largo de O'Donnell, la grande de Teresa Villaescusa con Santiago Ibero. Teresa, prostituta de lujo, mayor que su amante, revolucionaria como él, capaz de impulsar a su hombre a combatir primero con Prim y luego como voluntario en la guerra francoprusiana, lleva a su amante toda una técnica aprendida que ahora permanece, pero transfigurada. Dos citas retratan la calidad de este amor, su enorme fuerza sexual. «Extraña cosa era que una mujer tan corrida y aventada como Teresa hubiese llegado a la condensación de sus afectos y a consagrar toda su alma a un solo hombre, sin pensar en nuevos cambios, estimando aquel amor y aquel vivir como reposo definitivo de la movilidad de su juventud. No era la juiciosa que se equivoca, sino la equivocada que rectifica, la fatigada que se sienta y se adormece en la tardía enmienda de sus errores. Dos noches después trasteaba Teresa en sus habitaciones, poniendo en los menesteres domésticos la donosura y la gracia que de la vida regalada había traído a la vida pobre. En los trajines de la cocina y del arreglito de la casa sabía mantenerse siempre limpia y evitar con arte supremo la grosería, la fealdad y el desmerecimiento de la persona» (*o. c.*, t. III, página 694). «Tranquilos, confiados ya en la solución del conflicto (perseguidos por los padres de Ibero, éste tenía que huir a Londres), sólo quedaba la pena de la separación. Ambos la expresaron con ternura y a la ternura añadió Ibero el ardor de su exaltado temperamento. Esperó Teresa a que las llamas se aplacasen y sobre el rescoldo dejó caer su palabra dulce, que en los momentos críticos sabía engalanarse con las mejores luces de la razón» (*ídem*, p. 723).

La cumbre de los amores de este tipo está en el amor de Fortunata. Se entrega como loca y como loba, quiere a fuerza de desengaños, la adivinamos amando con fiereza animal pero sólo a uno: odia la prostitución, no sabe afrancesarse en el vicio, odia las técnicas para encalabrinar. No así su amante Juanito Santa Cruz, que la quisiera lucir como prostituta de lujo, y por eso cuando Fortunata espanta a la santa doña Guillermina al decir que matrimonio sin hijos es «papas», asoma, sin embargo, una punta de remordimiento en unas cuantas palabras, remordimiento que se aplasta: «¡Mi conciencia!... Eso sí que es raro... Se lo cuento a usted como pasó. No se me alborotaba cuando cometía yo aquellos pecados tan refeos... Le diré a usted más aunque se horrorice...

Mi conciencia me aprobaba... vamos al caso, me decía una cosa muy atroz, me decía que mi verdadero marido» (*o. c.*, t. V, p. 404).

Aunque sea un poco al margen no puedo por menos de citar el amor que, pasajeramente, aparece en la curiosísima y más que quijotesca novela *El caballero encantado*. Transformado Tarsis en campesino pobre, el encantamiento no le ha privado de la belleza varonil y de una singular delicadeza en la palabra y en el gesto. Alquilado para cosecha por un labrador pobre, la mujer de éste le enamora y le conquista hasta que el encantado tiene que cambiar de amo. En la despedida, Galdós se hace eco de los viejos romances, palabras en eco que acabo de leer para su sonrisa a Joaquín Díaz, el mejor conocedor y cantor de lo popular castellano. La mujer le despide así: «Dos penas tuve contigo: la de no poder quererte a cara levantada y la de ofender a mi marido que es un santo. Santo él y yo pecadora, ahora viene el que te nos vayas, dejándonos a José y a mí muy desconsolados: a él porque te quería para mulo de trabajo y a mí porque te quiero para animal de mi gusto... Adiós, mi pino de oro; adiós, mi barragán florido. Al decirlo, echábale Eusebia los brazos y acariciaba los graciosos rizos que ordenaban la frente de Gil. Este correspondió a las ternezas del ama, que maldiciendo la ausencia no quería dar por finiquitos sus criminales amores y así le dijo: Si te deja el Tagarabuena ese perro de don Gaytán, irás alguna vez al mercado de Pedralba y allí nos encontraremos y podremos venir juntos hasta la espesura de los castaños de Algodre, donde loqueábamos sin que nos viera nadie: sólo Dios nos veía... y la burra y el Moro. Gil asentía galanamente a todo y ella soltando y secando lágrimas le despidió con las postreras ternuras: Adiós, hijo. Dios te guíe, la Virgen te acompañe y a los dos nos perdone. Tras de ti se me quiere ir el alma. ¡Ay!, aquí me quedo penando por no verte y por la perrada que hago a mi José, que cuando el cuco canta, él se rasca la cabeza. Adiós mil veces, pedazo de gloria, estrella de tu ama» (*o. c.*, t. VI, p. 247).

LAS DESVIACIONES SEXUALES

El pudor, la presión social, un claro «tabú» literario, impiden a Galdós ocuparse del tema, ni siquiera frecuente en la literatura pornográfica de la época salvo en lo que se refiere al lesbianismo. Esas barreras impiden que Galdós dé testimonio, pero su casi silencio no autoriza, como muchos creen y algunos escriben, a creer en su rareza dentro del mundo burgués. Por los años cincuenta de Galdós, don Juan de la Cierva era gobernador civil de Madrid y en sus *Memorias de mi vida* aparece el siguiente párrafo que no tiene desperdicio: «En aquel verano

se habían exacerbado tanto los instintos sexuales de los afeminados, que constituían un verdadero escándalo. Pululaban sin recato desde el amanecer y el espectáculo era vergonzoso. Preparé la batida para poner término a tanto cinismo y los calabozos del Gobierno se llenaron en una noche. Coches de gran lujo se detenían ante el edificio y alguno permaneció hasta la madrugada, preguntando su dueño por tal o cual, que suponía criado o pariente. Siguió subiendo la marea y hubo que habilitar locales hasta que pagaran las fuertes multas o fueran entregados a los jueces. Villaverde se divertía mucho con las anécdotas e incidentes que yo le refería de personas honorables que llegaban convencidas de que era un error de la policía en determinados casos, y llamados a careo detenido y vigilantes acababan por levantarse indignados al ver comprobada con pelos y señales la acusación y pedían avergonzados excusas. Y otros razonaban sobre el vicio con gran desenfado, exponiendo cosas análogas a las que los tratadistas médicos nos dicen para defenderlos y protegerlos. En fin, le dije a Villaverde que tenía que ir moderando la campaña *porque iba formando estadísticas que me hacían temer que perdiéramos las elecciones si los perseguidos votaban en contra*» (JUAN DE LA CIERVA: *Notas de mi vida*, pág. 57, Madrid, 1955). Pintoresca estampa de época...

Alusiones en Galdós sí hay. Cuando la de Bringas, agobiada de deudas, está en el Prado de tertulia y va pasando revista a los señores que podrían sacarla de apuros: «Se formaba un grupo bastante animado, al que concurrían algunos caballeros. La Bringas pasábales mentalmente revista de inspección, examinando las condiciones pecuniarias de cada uno. ¡Ah! Este sí que es hombre: le suponen doce mil duros de renta, pero se dice que no le gustan las mujeres...» (*o. c.*, t. IV, pág. 1652).

Hay el episodio de Ernestito Rementería, el casado con Virginia, la cual se fuga a los pocos días con el artesano Leoncio Ansúrez. La silueta de afeminado se delinea bien: «Es gordito, sonrosado, de rostro pulido, limpio totalmente de bigote y barbas, la melena lustrosa y ahuecadita sobre las orejas. Vestido con traje talar podría pasar por una mujer metida en carnes o por un lindo clérigo francés. Viste muy bien y sus maneras no pueden ser más atildadas. Habla tres o cuatro idiomas, según dicen, que yo siempre le oigo expresarse en un castellano premioso, arrastrando las erres con sonos de gargarismo» (*o. c.*, t. III, página 21). Luego dice Virginia que es lo menos marido del mundo. El retrato se completa más tarde con una breve pero intencionadísima alusión a Guillermo de Aransís, galán guapísimo. Hay como resumen

una graciosísima escena con la intervención de Isabel II, intervención bien significativa. Estamos en vísperas de la revolución de 1868 y don Manuel Tarfe pide audiencia a la reina para pedirle gracia a favor de Santiago Ibero y Leoncio Ansúrez. «Uno de los presos es Leoncio Ansúrez, armero habilísimo, que estuvo en la guerra de Africa. Todos los generales de Africa le aprecian mucho. Es un hombre excelente, que nunca se ha metido en revoluciones ni en cosa tal... ¡Pero si Vuestra Majestad le conoce o al menos tiene de él noticia! ... Claro, no es fácil que se acuerde... Yo, Señora, y mi prima Carolina Monteorgaz le contamos a Vuestra Majestad una noche, años ha, el caso de aquel herrero que entró a componer las cerraduras en casa de la hija de don Seraffín del Socobio, Virginia. ¡Ah!, sí..., recién casada con el chico de Rementería. Y en vez de componer la cerradura, ¿qué hizo el hombre?, pues descerrajar el corazón de Virginia. Con pocas palabras y hechos atrevidos la enamoró y cautivó, llevándosela consigo. Y en el campo vivieron largo tiempo libres y felices... Ya me acuerdo... ¡Pobres muchachos! Alguna vez pensé yo en ellos... La verdad, fue un caso graciosísimo... Y no hay que culpar a Virginia, sino a sus padres, que la casaron con un afeminado y bobalicón, sin maldita gracia para el matrimonio... Todo les está bien merecido. Luego hablan. Hay que ponerse en lo natural... De los tres personajes de ese drama de familia no conozco más que a Ernestito... ¡Qué modales ridículos, qué voz de tiple acatarrada! Por primera vez en aquella mañana, una franca alegría iluminó los ojos claros de la Reina y la sonrisa picaresca retozó en sus labios» (o. c., t. III, pág. 652).

Del otro mundo hay una delicada y levisima alusión. Cuenta Galdós lo que era la vida de las arrepentidas en el convento de las Micaelas y se detiene ante la pareja más piadosa. «Ambas confesaban a menudo y hacían preguntas al capellán sobre dudas muy sutiles de conciencia, pareciéndose en esto a los estudiantes aplicaditos que acorralan al profesor a la salida de la clase para que les aclare un punto difícil. Las monjas estaban contentas de ellas y aunque les agradaba ver tanta piedad, como personas expertas que eran y conocedoras de la juventud, vigilaban mucho a la pareja, cuidando de que nunca estuviese sola. Felisa y Belén, juntas todo el día, se separaban por las noches, pues sus dormitorios eran distintos. Las madres desplegaban un celo escrupuloso en separar durante las horas de descanso a las que en las de trabajo propendían a juntarse, obediendo las naturales atracciones de la simpatía y de la congenialidad» (o. c., t. V, pág. 246).

El tema merece, exige un muy largo trabajo a la luz de la Sociología y sé que un grupo feminista está en ello. Me limito a señalar unos cuantos matices que se acoplan al carácter y a la longitud de este ensayo. He hecho referencia anteriormente al tema porque desde Teresa Villaescusa a Fortunata la realidad de la prostitución como factor determinante de la vida sexual burguesa es insoslayable.

La mirada de Galdós a ese mundo, que debió de conocer muy bien, es de piedad, con el afán de resaltar la casi inevitabilidad de la caída y las cualidades positivas que pueden espumarse. Teresa Villaescusa sale de ese mundo para amar noblemente; en él ingresa y de manera patética, con simbología de suicidio, Isidora, la protagonista de *La desheredada*. En varios episodios aparecen «las zorreras» hijas de un comerciante de plumeros: desparpajadas, manolescas, fueron seducidas por Bartolomé Gracián, ese don Juan de vía estrecha. A su manera, tienen rasgos de generosidad.

Figuras realmente antipáticas no las hay. Mauricia la Dura, personaje muy importante en *Fortunata y Jacinta*, aparece inicialmente en toda su crudeza cuando, recluida en las Micaelas, le cuenta a Fortunata sus hazañas de prostituta borracha. «Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza. Le metí mano y... ¡ras! le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo... por poco me traigo media cara. Ella me mordió un brazo, mira, todavía está aquí la señal, pero yo le dejé bien sellaito un ojo... todavía no lo ha abierto y le saqué una tira de pelleja desde semejante parte, aquí por la sien... hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú a mí por la cintura y Paca a ella, la reviento, créetelo», etc. Su conversión, su muerte, constituyen uno de los episodios más conmovedores y más «religiosos» de Galdós. Hasta la ignorancia se hace ternura: cuando Mauricia dice «¡Qué gusto salvarse!», le entran escrúpulos por la palabra «gusto», a ella, la pobre, que suelta los tacos a raudales. En la misma novela hay un delicioso rasgo en una casa de prostitución. La Santa Guillermina está contando cómo pide dinero a todo el mundo y la broma malvada que le gastan: «¡Este oficio tiene muchas quiebras! Un día subí a un cuarto segundo, que me había recomendado no sé quién. La tal recomendación fue una broma estúpida. Pues, señor, llamo, entro y me salen tres o cuatro tarascas. ¡Ay, Dios mío! ¡Eran mujeres de mala vida! Yo que veo aquello... lo primero que me ocurrió fue echar a correr. “Pero no, me dije, no me voy y veremos si les saco algo”. Hija, me llenaron de injurias

y una de ellas se fue hacia dentro y volvió con una escoba para pegarme. ¿Qué creen ustedes que hice? ¿Acobardarme? ¡Quiá! Me metí más adentro y les dije cuatro frescas..., pero bien dichas... ¡Bonito genio tengo yo! ¡Pues creerán ustedes que les saqué dinero! Pásmense, pásmense... La más desvergonzada, la que me salió con la escoba, fue a los dos días a mi casa a llevarme un napoleón» (o. c., t. V, pág. 77).

Ignorancia y superstición: Teresa Villaescusa, cuando sale del tifus, previa confesión y viático, se va a Valencia con Leal como amante, pero «viéndose viva, la pobre samaritana no cabía en sí de gozo y agasajaba su espíritu en el abrigo consolador de las ideas religiosas. Su mantenedor González Leal dispuso llevarla a Valencia en la temporada de otoño, con lo cual Teresa completaría su reparación orgánica y además podría cumplir la promesa que en las ansias de la Muerte hizo a Nuestra Señora de los Desamparados. Había ofrecido visitarla en su santuario, costeando una misa solemne y nueve rezadas en diferentes días y de añadidura una novena con toda la solemnidad que se pudiera... A Valencia partieron y Teresita cumplió con creces todo lo prometido, pues su tierno corazón comúnmente se excedía en la generosidad. A las ofrendas rituales añadió el regalar a la Virgen todas sus alhajas, quedándose sólo con una sortija de poco valor. Hermosos pendientes, dos aderezos de bastante valor, tres pulseras, alfileres de pecho y otras cosillas pasaron íntegramente al camarín y joyero de Nuestra Señora, y entendiendo que la humildad era de cajón en tales circunstancias, Teresa hizo voto de vestir durante un año hábito y correa de los Dolores. Cumplidos estos deberes de piedad, instaláronse los amantes en un risueño pueblecito de la costa» (o. c., t. III, pág. 567).

Teresa Villaescusa es hija de coronel y no es extraño que queden restos hondos de educación religiosa. Pero lo mismo se da en las capas más bajas. Una de «las zorreras», antes citadas, machucha ya, presencia el fusilamiento de su amigo, un sargento de los sublevados en 1864. Del largo capítulo escojo dos trozos significativos, conmovedores. «Ya sé, ya sé que el pobrecito Simón se irá derecho al cielo. Yo le conozco: no era de esos que reniegan de Dios y de la Virgen. Sus padres, que fueron carlistas, le habían enseñado muy bien todo lo de la religión. Pero a mí, que soy tan pecadora, ¿me querrá Dios llevar a donde él está? Lo digo, porque cuando una se hace cuenta de no pecar, viene el demonio y la enreda». «Pero a ti (a Malrecado el policía), que eres un hereje, te digo que sin vergüenza se puede vivir, pero sin conciencia no, ya lo sabes. No iré hoy a oír la misa, sino a encargarla, para que me la digan mañana, y a este respecto llevo aquí medio duro. ¿Lo ves? Y no es este medio duro del dinero que yo suelo ganar con el aquel

de mi mala vida, sino que lo he ganado honradamente en un trabajo que me encargó la sastra de curas Andrea Samaniego y fue el planchado, plegado y rizado del roquete de un señor capellán de Palacio... labor fina para la que tengo buenas manos, porque desde chiquita lo aprendí de mi madre, que me enseñó el rizado fino con plancha, palillos y la uña (entre paréntesis: ¡hasta de esto sabe Galdós, pues no cabe más precisión!). ¿Te enteras? Pues con mi medio duro bien ganado iré no a San Sebastián, sino a Santa Cruz, porque en aquella plazuela fue donde conocí a Simón, que allí me salió una tarde, viniendo yo de la verbena de San Pedro... Conque la misa se dirá en Santa Cruz. Ya lo sabes, por si quieres oírla. Iré yo con mi mantón negro y mi hermana y todas las amigas que pueda recoger» (o. c., t. III, pág. 649).

De lo mismo cotillean con Guillermina las vecinas que acuden al Viático de Mauricia y aquí el tono es mucho más agreste, pero el fondo el mismo. «Salieron las tales muy corridas, echando de sus bocas, por la escalera abajo, palabras absolutamente contrarias a los latines que pocos momentos antes se había oído en el propio sitio. Todos los que presenciaron la indirecta que les echó la señora la celebraron mucho, diciéndole doña Lupe al pasar a la sala: Vaya unas despachaderas que tiene usted, amiga mía. Eso se llama carácter. Una de ellas, dijo Severiana, es Pepa la Lagarta, mujer de historia..., ¿sabe?, la que dice mató a su marido con una aguja de coser serones; muy amiga de Mauricia, a quien debe quinientos reales. Y no se los puede sacar. Pero ¿creen ustedes que no tiene dinero? Ya quisiera yo. Gasta como una marquesa y el mes pasado costeó, en San Cayetano, una novena a la Virgen de las Angustias que era lo que había que ver. ¿Novena? Sí, porque sanara el Clavelero, un chulito que tiene muy guapín, el cual recibió un achuchón en la plaza de Leganés, como que le entró el pitón por salva la parte... Pues el Clavelero sanó. ¿Y eso? Vea usted, señora, qué cosas hace la Virgen. Ella sabrá lo que le conviene, tonta» (o. c., tomo V, pág. 375).

Galdós, discretamente, tira puntadas sobre un tema que luego será argumento real y más duro en *Pequeñeces*: Grandes damas visitan el convento de arrepentidas de las Micaelas y las señoras entraban y salían, dejando en el ambiente de la casa un perfume mundano que algunas narices de reclusas respiraban con avidez. Despertaban curiosidad en los grupos de muchachas los vestidos y sombreros de toda aquella muchedumbre elegante, libre, en la cual había algunas, justo es decirlo, que habían pecado mucho más, pero muchísimo más, que la peor de las que allí estaban encerradas» (o. c., t. V, pág. 243). Y con clara exageración, pero para remachar lo anterior y el parecido, una criada

de gran señora, liada con Tito Liviano, dice algo parecido a lo de las manolas. «La señá marquesa es muy católica, eso sí, pero no se mete en los líos de sus criadas, ni se cuida de lo que ellas hacen o dejan de hacer con sus novios. La marquesa no piensa más que en el suyo. Por cierto que ya se ha reconciliado con el caballero de Uclés. El galán ha vuelto arrepentido, cantando la mea culpa. La señora le ha perdonado y tan creída está de que por sus oraciones ha vuelto el caballero, que ayer, en acción de gracias, confesó y comulgó y a las monjas del Sacramento llevó de limosna un buen puñadito de monedas de cinco duros» (o. c., t. III, pág. 1109).

El afán de redención aparece castizo y claro en uno de los episodios —«España sin Rey»— más saineteros gracias al protagonista, un carlistón cursi, titulado «bailío de la Santa Orden de Jerusalén». El buen señor, cincuentón, desconocedor de Madrid, cae en las redes tramposas de Tapia: después de quedar atontado por el famoso discurso de Castelar sobre la libertad religiosa, empujado por el falso amigo, consiente con remilgos en una cena en colmado, en compañía de «damas»: una de ellas, «Paca la Africana», saca de sus casillas al bailío. La escena luego, en la casa de citas, nos enseña, primero, el carácter de la casa: «En la estancia, decorada con un lujo chillón y barato, había muebles de algún valor; otros, sin que nadie se lo preguntara, declaraban haber venido de “Las Américas”. Láminas picantes, retratos de mujeres bonitas y de hombres achulados, se daban de bofetones con grandes cromos de santos y de vírgenes». La escena es una de las pocas procaces en Galdós: «Sintiéndose de nuevo avergonzado, se atacó el pantalón y abrochó sus bragas, añadiendo al cuerpo la doma y suspensorio de los tirantes. Aplicó después al talle un cinturón de cuero que hacía veces de corsé para enderezarle y cincharle el desbaratado cuerpo y en este pergeño volvió a sentarse, requiriendo a la moza para cambiar con ella delicadas caricias». El pobre don Wilfredo enloquece entre su caída, su enamoramiento de la moza y el discurso de Castelar «sobre el Dios del Sinaí, mi particular amigo». Sale del bajón del alma para confesarse, pero en la iglesia se encuentra con Paca: «Venimos de boda, pero no soy yo la que se casa, sino la Eloísa. ¿No te acuerdas? Estaba con vosotros aquella noche cuando cogiste la gran mona. Es buena chica, honrada en lo que cabe... con mucho ángel... ¿Y es casamiento de verdad? ¿Pues dónde estamos, Gaifrido, sino en la iglesia? Ha tenido esta chica la gran sombra de encontrar un chico honrado y caballero... míralo allí... José Cornejo, que sin hacer caso del “qué dirán lenguas”, la saca de vida esclava y la trae a un altar, pasándose el mundo por las narices... Ya ves... ¡Para que aprendas! Eso hacen los hombres de

corazón. Cornejo es guarnicionero y trabaja en los arneses de caballería, por lo que también es caballero, como tú... Ahí tienes un hombre» (*o. c.*, t. III, págs. 810, 822).

ESCOLIO SOBRE PALABROTAS, BLASFEMIAS Y TACOS

Tiene éste estrecha relación con lo anterior y encontramos también en el tratamiento del tema una específica tensión: Galdós, que tan recio empuje da al lenguaje hablado para subirlo hasta el escrito, tiene que hacerlo salvando el pudor. La palabrota redonda, cargada de retaguardia sexual, es rara. Una vez aparece la palabra «cabronazo» y otra «mariconada», pero ambas casi pasan inadvertidas en el contexto, no son protagonistas. La palabrota puede ser inseparable de espadones como Espartero y Narváez, mucho más en este segundo. Lo de Espartero aparece muy bien descrito en medio de la batalla. «En lo mejor de la marcha vio Espartero que una compañía bajaba en retirada, pero con unas cuantas voces, que en otra ocasión podrían parecer innobles, en aquella eran la más gallarda de las imprecaciones poéticas, les obligó a volver caras» (*o. c.*, t. II, pág. 1085). Lo de Narváez, en cambio, aparece como inseparable de lo cotidiano y culmina en el famoso suceso del «Ministerio relámpago» cuando el general se ve y se desea para poder desterrar a Sor Patrocinio, la de las llagas. «Ya Narváez, en el paroxismo de su rabia, hablaba de fusilar al primer magnate religioso que se le pusiera por delante. Bien sabían ellos que el Espadón no haría nada... Dejaría de ser Poder si lo hiciera... Por fin, trajo Zaragoza el consentimiento del Nuncio; pero... Pero no haría nada mientras el señor Ministro de Gracia y Justicia no le dirigiese una comunicación exponiéndole los motivos en que se fundaba el Gobierno para quebrantar la clausura. Narváez alcanzó el techo con las manos y se desahogó en sucias imprecaciones no sólo contra el Nuncio, sino contra la madre de tan venerable señor, contra el padre, los abuelos y toda la familia» (*o. c.*, t. II, pág. 1618).

La blasfemia es uno de los capítulos más imprecatorios y más frecuentes en la predicación del P. Claret e incluso en sus milagros. En principio, parece muy típico de las clases bajas y lo que más irrita al P. Claret es que surjan como sin conciencia de pecado. De esto tenemos continuos testimonios en Galdós. Que los blasfemantes eran los carreteros lo prueba el que Alfonsito Bringas, simpático y bruto niño, admira sobre todo a los que aparean y arrean a las mulas de los carros:

de mudanza y por eso su hermana, enteca y marisabidilla, le acusa. «Alfonsín enredaba como de costumbre, insensible al calor más con los calzones abiertos por delante y por detrás, mostrando la carne sonrosada y sacando al fresco todo lo que quisiera salir... Como Don Quijote soñaba aventuras y las hacía reales donde podía, así Alfonsito imaginaba descomunales mudanzas y trataba de realizarlas. Don Francisco, que estaba con Isabelita, oía ruido de trastos, chasquidos de látigos y palabrotas: Hala..., arriba..., upa, ajo, arre caballo. En medio del cuarto apilaba sillas y entre los huecos de ellas ponía cacharros, trebejos, la piedra de machacar carne, la mano del almirez, líos de trapo, escobas y cuanto encontraba a mano. El gato iba encima de todo. Después empezaba a descargar latigazos sobre el motón, y si alguna cosa se caía, allí eran los gritos y el patear. Encendido el rostro y sudoroso, el bravo chico no paraba hasta que Isabelita iba a informarse, de parte de su papá, del motivo del estrépito. Si vieras, papaíto, decía la niña muerta de risa: ha puesto unas sillas sobre otras y está dando latigazos y diciendo unas borricadas. Dile a ese gallegote que si voy allá le pondré las nalgas como un tomate. Luego le amenaza con darle a comer guindilla» (o. c., t. IV, pág. 1650).

Otro testimonio viene del campo. En el episodio «Luchana», un palurdo contratado por los carlistas para trabajos de fundición le cuenta a Fernando Calpena sus desventuras. «Empezaron a buscarnos camorra a mí y a otros dos castellanos. Que si éramos de la cáscara amarga, masones o perdularios ateos. Yo no hacía caso y seguía en mi trabajo. Pero un día me acusó un chico de Eibar de que yo había dicho no sé qué cosa de la Virgen... de esas expresiones que uno suelta sin pensar cuando no le sabe bien un trabajo o cuando a uno le salta una brasa a la cara y le quema..., pues de esas cosas que se dicen: total nada. Pero, señor, yo buen cristiano siempre, ¿cómo había de hablar mal de la Virgen? Y aunque algo dijera, es un suponer, no por eso deja uno de ser apostólico romano, al igual que ellos. Siempre he sido devoto de Nuestra Señora. Aquí, colgada de mi pecho, llevo, mírela, la medalla de la Pilarica, que me puso mi madre. Pues nada, que allí salió el capataz, uno de Lezo que le llaman Cheriya, de esos que se comen los santos y, amenazándome con un martillo, dijo que yo merecía que me atravesaran la lengua con un clavo ardiendo por haber hablado de «peinetas» nombrando a la Virgen, y yo le respondí que las «peinetas» eran para él y tres más. Resultado: que me castigaron y vino un capellán a echarme predicaciones y lo mandé también a donde me pareció» (o. c., t. II, pág. 691).

El uso de «Hostia» era el más frecuente y el más combatido por los predicadores. El bárbaro de Pepe Izquierdo, el tío de Fortunata, se define por la proliferación insultante de la palabra. En cambio, el desgraciado protagonista de *Miau*, el cesante Villamil, para indicar su repudio del pérfido yerno dice que «con él ni la hostia». Cuando Galdós usa las blasfemias, mejor dicho, su referencia, por acumulación, no hay pecado porque quien las dice, el coronel Villaescusa, quijotesco personaje, se siente morir de un cáncer mientras pelea con los milicianos de 1856. «Viendo a sus tropas tirotarse en la parte baja de la calle de San Miguel, con los milicianos que ocupaban una casa en el Caballero de Gracia, infirió groseras ofensas a Dios, a la Virgen y a venerables santos... Pasó tiempo... Al saber que los suyos habían dejado pasar un cañoncillo de mala muerte en la calle de Peligros, pronunció frases altamente ofensivas para la Santísima Trinidad, para el Copón y las Once mil vírgenes. De esas sacrílegas exclamaciones no era responsable el pobre don Andrés, pues las pronunciaba como una máquina, en las horribles embestidas del demonio que dentro de sí llevaba... Oyendo decir luego que el presidente de las Cortes, general Infante, había pedido parlamento a Serrano, Villaescusa no dio crédito a la noticia... se alzó un poco sobre los estribos y con voces iracundas, entre las cuales no faltaban feas alusiones a San Pedro, a San Basilio y a otros personajes de la corte celestial» (o. c., t. III, pág. 151). Creación por exageración...

Con los tacos ocurren dos cosas: que siempre se embozan, pero se entienden, y que, embozados, pueden aparecer, yo diría que genialmente, inseparables del personaje: «Me reviento en Judas», dice muchas veces el cura Trijueque, guerrillero feroz y desertor; «Cojondrios», dice y repite don Mariano Centurión, cesante durante la etapa moderada; «Cojilondrios», exclama continuamente el arcipreste carlista durante la intentona de San Carlos de la Rápita; «ñales, reñales» y «Biblias» son palabras inseparables de Torquemada. Don Patricio Sarmiento, blasfemante en la pelea como miliciano contra Fernando VII, emplea, ya pacífico, lo de «chilondroina», y el angelical don Benigno Cordero cambia el taco por gratitud: «Barástolis, qué bueno es Dios». Luego, el repertorio repetidísimo: «Púa», «roío», «moño»... Estas palabras aparecen casi siempre unidas al insulto, como es el caso de Alberique en *El doctor Centeno*, el vago que vive a costa de la patrona, que arma camorra y que insulta así: «Me recopiló en el reputadísimo verbo y en la reputadísima madre». El marino parado de *Angel Guerra*, repleto de

tacos marineros, emplea lo de «casarse» con tal y con cual. Por eso, en el tremendo y delicadísimo final, cuando Angel Guerra muere asesinado... «Don Pito no se casaba con nadie».

FEDERICO SOPEÑA

Academia Española de Bellas Artes
Piazza San Pietro in Montorio, 3. 00153
ROMA (Italia)